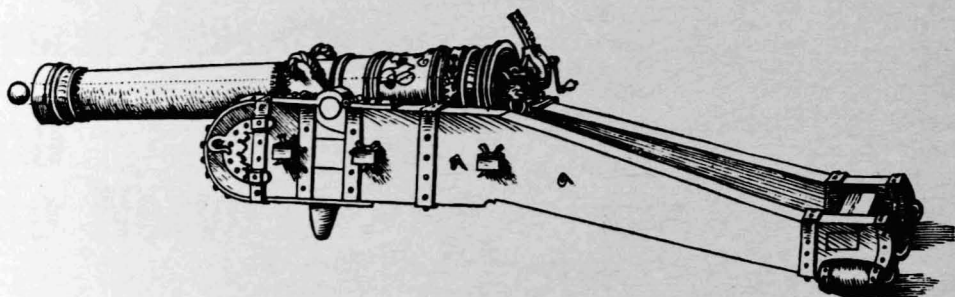


Carta
de
Girolamo Murionig
a
Francesco
Vettori,¹
Embajador
de la
República
Florentina
en
Roma

Magnífico embajador: nunca son tardías las gracias divinas. Digo esto, porque creía, si no haber perdido vuestra gracia, sí haberla extraviado, ya que mucho tiempo habéis dejado de escribirme. Dudoso estaba sobre cuál fuera el motivo; y todos los que se me ocurrían los rechazaba, a no ser la duda de que os hubiesen dicho que yo no cuidaba bien de vuestras cartas; aunque sabía que, fuera de Felipe y Pagolo², nadie por mi parte las vio. Recibí la vuestra del 23 del pasado, y me alegra mucho ver con cuánto orden y quietud ejercéis ese oficio público: os conjuro a que sigáis así pues quien deja sus comodidades por las ajenas, pierde las suyas y los demás no se lo agradecen. Y puesto que la fortuna quiere hacerlo todo, hay que permitirselo, no molestarla y esperar el tiempo en que ella deje a los hombres hacer algo; entonces convendrá que os esforcéis más, que vigiléis más las cosas, y que yo abandone esta villa y os diga: aquí estoy. No puedo, por lo tanto, al querer corresponderos de igual manera, deciros en esta carta nada más que lo que es mi vida: y si juzgáis que os convenga canjearla con la vuestra, aceptaré gustoso el cambio.

Yo aquí estoy en el campo, y después que ocurrieron los hechos que me atañen³, no he pasado, juntándolos todos, ni veinte días en Florencia. He cazado hasta ahora tordos con mi propia mano. Me levantaba antes del día, preparaba las trampas, y cargaba las jaulas, como si fuera Geta, cuando venía del puerto con los libros de Anfitrión⁴; y cazaba entre dos y seis tordos. Y así transcurrió todo septiembre. Desde que este pasatiempo, aunque extraño y caprichoso, terminó a pesar mío, os diré cuál es mi vida. Me levanto en la mañana con el sol y me dirijo a mi bosque que estoy haciendo cortar; ahí me quedo un par de horas revisando el trabajo del día anterior y pasando el tiempo con los cortadores, que siempre algún pleito tienen entre manos, ya sea entre

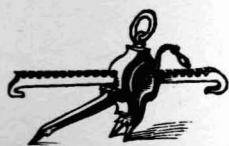


ellos o con los vecinos. Sobre este bosque, os podría decir mil cosas que me han ocurrido, con Frosino de Panzano y con otros que querían esa leña. Y Frosino mandó por unas cargas sin decirme nada; y a la hora de pagar quería retenerme diez liras, que dice le debía yo desde hace cuatro años cuando él me ganó jugando "cricca" en casa de Antonio Guicciardini. Yo empecé a enojarme y acusé de ladrón al cochero que las había llevado. Finalmente, Giovanni Machiavelli intervino y nos apaciguó. Batista Guicciardini, Felippo Ginori, Tommaso del Bene y otros, me tomaron una carga cada uno. Yo a todos se la prometí; y le mandé una a Tommaso, de la cual ya en Florencia sólo quedó la mitad, al colocarla entre él, la mujer, las sirvientas, los hijos, tal que parecía Gaburra⁵ cuando el jueves con sus muchachos mata un buey. Así que, al ver para quién era la ganancia les dije a los otros que ya no tenía leña; y todos se enojaron, sobre todo Batista, que enumera ésta entre las otras desgracias de Prato⁶.

Al salir del bosque, camino hacia una fuente, y de ahí a cazar pájaros. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca, o uno de esos poetas menores como Tibulo, Ovidio y semejantes: leo de sus amorosas pasiones, y sus amores me recuerdan los míos, y disfruto un rato de este pensamiento. Me voy luego a la calle, a la taberna; hablo con los que pasan, les pregunto noticias de sus aldeas, me entero de muchas cosas, observo los diferentes gustos y las diferentes fantasías de los hombres. Mientras tanto, llega la hora de almorzar y con mi comitiva tomo los alimentos que esta pobre villa y el escaso patrimonio me ofrecen. Después de comer, vuelvo a la taberna: allí está el tabernero y, por lo general, el carnicero, un molinero, dos panaderos. Con ellos me encanallo todo el día jugando a "cricca", o "trich tach", y de ahí nacen pleitos, pendencies y palabras injuriosas; casi siempre se disputa por un centavo, pero se nos oye gritar desde San Casciano. Así,

revuelto entre estos piojos, desenmohezco el cerebro y desahogo la malignidad de esta mi suerte, dejándome pisotear de tal manera, para ver si ella no se avergüenza. Cuando llega la noche, regreso a casa, entro a mi escritorio y en la puerta me despojo del traje cotidiano, lleno de tierra y lodo, y visto regias y solemnes galas; y así adecuadamente revestido, me introduzco en las antiguas cortes de los antiguos hombres que me reciben amorosamente, y me nutro de ese alimento que sólo a mí me pertenece, y para el cual nací, y no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles la razón de sus acciones. Y ellos con gran humanidad me responden; y durante cuatro horas no siento tedio alguno, olvido toda angustia, no temo la pobreza, no me asusta la muerte: me les entrego entero. Y, como dice Dante que no hay ciencia, si no se retiene lo que se ha entendido, yo he ido anotando todo ese caudal recabado de su conversación y he compuesto un opúsculo *De Principatibus*, donde ahondo todo lo posible en las reflexiones sobre este tema, discutiendo sobre qué es un principado, de qué especie son, como se adquieren, cómo se conservan y por qué se pierden. Si alguno de mis anteriores caprichos os ha gustado, creo que éste no va a disgustaros; y debería ser bien recibido por un príncipe, y sobre todo por un príncipe nuevo; por eso lo dedico yo a Giuliano⁷. Ya lo vio Filippo Casavecchia; él os podrá informar en parte de la cosa en sí y de los razonamientos que tuve con él, aunque todavía lo estoy aumentando y puliendo.

Quisiérais, magnífico embajador, que yo dejara esta vida y fuera a compartir la vuestra. Lo haré sin duda; mas lo que me detiene son ciertas incumbencias que dentro de seis semanas habré terminado. Y lo que me hace dudar es que allí están los Soderini⁸, a quienes, al ir, estaría obligado a hablar y visitarlos. Temo en tal caso que a mi regreso, creyendo llegar a mi casa estaría llegando al Bargello⁹; porque, aunque el esta-



do se halle sólidamente fundado y tenga gran seguridad, sin embargo, es nuevo, y por lo tanto receloso; ni faltarían quienes, por parecer bien informados, como Pagolo Bertini, tratarían de hacer pagar a justos por pecadores, y yo sería la víctima. Os ruego que disipéis mi temor, e iré luego a visitaros en el tiempo dicho.

Yo he hablado con Filippo de este mi opúsculo, sobre si era oportuno darlo o no darlo, y, en el caso de darlo, si era bueno que lo llevara yo, o que os lo mandara. El no entregarlo me hacía temer que no fuera ni siquiera leído por Giuliano, y que Ardinghelli¹⁰ pudiera honrarse con este mi último trabajo. Me inclina a entregarlo la urgente necesidad, porque me estoy destruyendo, y no puedo pasar mucho tiempo así sin que me vuelva, por la pobreza, despreciable, además del deseo que tengo de que estos señores Médici empiecen a emplearme, aunque comenzaran con hacerme levantar una piedra; porque si luego yo no conquistara su favor, me pesaría; y quien lea este trabajo reconocerá que los quince años que yo he estudiado el arte del Estado, no los he dormido ni jugado y cualquiera debería apreciar la posibilidad de servirse de alguien que a costa de los demás adquirió tanta experiencia. De mi fidelidad no habría que dudar, puesto que habiendo siempre mantenido mi palabra, no tengo por qué aprender ahora a infringirla; y quien ha sido fiel y honesto durante cuarenta y tres años, que son los que tengo, no ha de mudar su naturaleza; y de mi fidelidad y honradez, testimonia mi pobreza.

Desearía, pues, que me escribiérais, sobre lo que es este asunto os parece. Y a vos me recomiendo. *Sis Felix*.

10 de diciembre de 1513

Niccolo Machiavelli in Firenze.

(Traducción y notas de Alaíde Foppa)



NOTAS

1 *Francesco Vettori* (1474–1539), era embajador de la República Florentina (los Médici no abolieron formalmente la República), ante el papa León X, es decir, Giovanni de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico y hermano de Giuliano, que en ese momento gobernaba Florencia. En realidad, era el papa quien ejercía el poder, y Francesco Vettori constituía el enlace entre los dos hermanos.

Los Médici, echados de Florencia en 1494, habían vuelto en septiembre de 1512. Desde entonces Maquiavelo, que había desempeñado diferentes cargos en el gobierno anterior, vivía casi como desterrado en la aldea de San Casciano, a pocos kilómetros de Florencia.

2 *Pagolo*, hermano de Francesco Vettori.

3 Maquiavelo fue encarcelado y torturado en febrero de 1513, por la acusación de haber participado en una conjura contra los Médici. La acusación era falsa.

4 Referencia a un romance muy difundido en la época, derivado del "Carmen de Amphitrione et Alcmena", atribuido a Vital de Blois (s. XII), cuya fuente es, a su vez, una comedia de Plauto.

5 *Gaburra*, nombre de un carnicero desconocido.

6 Alusión irónica a la despiadada ocupación de Prato (ciudad muy cercana a Florencia) por parte de los soldados españoles el 29 de agosto de 1512. El ejército, bajo el mando del capitán Cardona, obedecía al papa Julio II, que lo envió a Florencia para derrocar a Piero Soderini, e imponer a los Médici; lo que sucedió en el curso de dos días.

7 Giuliano de Médici (1479–1516), el tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, más tarde duque de Nemours, por gracia de Francisco I de Francia. Gobernó en Florencia poco más de un año.

8 *Piero Soderini*, último "Gonfaloniere" de la República Florentina, vivía en Roma como un exilado respetado, gracias a la tolerancia del papa. Maquiavelo, vinculado estrechamente a su gobierno como secretario de la cancillería, quiere evitar un contacto comprometedor mientras solicita empleo de los Médici.

9 *El Bargello*, hoy Museo Nacional, era el Palacio de Justicia. Maquiavelo teme que se le llame a rendir cuentas si se pone en contacto con los exilados.

10 *Piero Ardinghelli*, prelado florentino, secretario de León X.